

Miguel de Cervantes

Don Quijote de la Mancha /
863.3 CER

Barcode:
32626
70100

Cervantes Saavedra, Miguel de,
JASPER CO. HIGH SCHOOL

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



BRUGUERA • GRANDES AVENTURAS ILUSTRADAS

863.3 Cervantes Saavedra,
CER Miguel de 1547-1616.
Don Quijote de
-ha

DATE DUE

MAR 1

863.3

Cervantes Saavedra,
Miguel de 1547-1616.
Don Quijote de
la Mancha

DATE
NOV 10 04
APR 19 05

BORROWER'S NAME

ROOM
NUMBER

DEMCO



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/isbn_8402101747

Miguel de Cervantes

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



BRUGUERA • GRANDES AVENTURAS ILUSTRADAS

1.^a edición revisada: diciembre, 1984

© EDITORIAL BRUGUERA, S. A. - 1984

Adaptación: LINCOLN MAIZTEGUI - 1980

Cubierta e ilustraciones interiores:

© Edición alemana J. F. SCHREIBER, ESSLINGEN a. N. - 1968

Diseño de cubierta: FRANCESC MALLOL

Printed in Spain

ISBN 84-02-10174-7 (rústica)

ISBN 84-02-10186-0 (tela)

Depósito legal: B. 26.640-1984

Impreso en los Talleres Gráficos de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650

Parets del Vallès (Barcelona) - 1984



El autor y su obra

En el año 1578, Argel, ciudad marítima, parece refrescarse de los ardores del sol ardiente aprovechando las aguas azules del Mediterráneo. La sombra se filtra apenas por entre las casas de esta ciudad; grandes bloques que resplandecen en su blancura, esparcidos entre el mar y las montañas, las cuales aparecen bruscamente detrás de la población, para extenderse hacia el interior del país.

Surgiendo por encima de los tejados, las cúpulas y los alminares de las mezquitas proyectan al cielo sus formas más o menos alanceadas. Por su número y aspecto, estas puntas parecen indicarle al visitante la adoración que los habitantes de Argel sienten por Alá, el Todopoderoso, tal como lo ha ordenado el profeta Mahoma. Se oye un cántico desde lo alto de uno de los alminares, que invita a los fieles a la oración.

Pero tras esta calma sorprendente, la ciudad ofrece de pronto otro aspecto. La animación se apodera de sus callejuelas; los bazares presentan sus mercancías a los compradores locales y a los extranjeros que se mezclan en una abigarrada multitud, formando una masa compacta, activa, bulliciosa, en la que se combinan los más diversos coloridos.

Todas las riquezas de las ciudades que baña el Mediterráneo se hallan en abundancia en las tiendas abiertas, donde los vendedores, lo mismo que los artesanos, ofrecen sus productos con insistencia. La diversidad de géneros es tan grande que el forastero se extrañaría, de no conocer su procedencia. En efecto, los mercaderes argelinos no sólo venden sus propios artículos, sino cuantos constituyen el botín apresado por los piratas, después de haber asaltado en alta mar



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



un buen número de navíos bien cargados.

Argel es la ciudad donde reside el virrey turco, pero también es un refugio para los más afamados piratas cuya audacia conocen todos los navegantes. El puerto, lleno de actividad, está abarrotado de mercancías; perlas finas y oro al lado de la seda y los tapices y alfombras de colores chillones, mientras que más lejos el azúcar se amontona cerca de las especias procedentes de Oriente. Pero, en medio de esta mescolanza de géneros preciosos y buscados, también se hallan hombres, prisioneros, en su mayoría, cristianos, prestos a ser vendidos como esclavos. ¡Y es este mercado el que reporta mayores beneficios!

De repente, aquel día, una de aquellas callejuelas que llevan al palacio del virrey, conoce una agitación extraordinaria. Unos soldados hacen marchar delante, empujándolos, a quince hombres ligados entre sí por fuertes cadenas. Vestidos con harapos, aquellos desdichados parecen hambrientos. La muchedumbre quiere precipitarse sobre ellos, que están indefensos, y los mataría sin piedad si los soldados no efectuasen grandes esfuerzos para protegerlos. ¿Quiénes son estos prisioneros tan maltratados? Tal vez criminales, a juzgar por los gritos del pueblo que clama venganza. No, en realidad, sólo son unos españoles hechos prisioneros que han intentado huir para escapar de la esclavitud.

Durante varios días consiguieron esconderse en el fondo de un antro olvidado, esperando el paso de un navío español capaz de ofrecerles refugio a bordo. ¡Ay! Pero un emisario que los acechaba, descubrió la conjuración y se apresuró a revelarle al virrey lo ocurrido; éste dio orden a los soldados de llevar los fugitivos a su presencia.

Sus días están ahora contados, ya que no ignoran cuál será su suerte. Mañana todos serán ahorcados, a menos que un azar excepcional haga que, por clemencia, el virrey le ordene al verdugo que se limite a cortarles la nariz y las orejas a fin de que su delito de fuga sirva de ejemplo a los demás prisioneros.

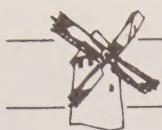
Al día siguiente, los desdichados, de pie delante del virrey Hassan Pachá, esperan que se pronuncie la sentencia. El silencio les opriñe y los segundos les parecen días. De pronto, uno de ellos, sacudiendo sus cadenas, que producen así un lastimero y estremecedor chirrido, se aparta de sus camaradas de infortunio para acercarse al virrey.

Es un hombre joven todavía, pero su cuerpo deja ver las señales de los golpes recibidos, de los azotes de los látigos, que han hecho llagas en su carne. Tratando de mantenerse de pie delante del soberano, intenta hablar con voz firme para declarar que él y sólo él es el responsable de la tentativa de fuga, y que sus camaradas sólo le siguieron porque les persuadió a ello. Se declara culpable, dispuesto a someterse al castigo que ordene el soberano, pero suplica el perdón para los demás.

Atónito, Hassan Pachá le plantea numerosas preguntas. El joven responde tan bien y con tanta astucia al interrogatorio del virrey, que éste perdona a todos los prisioneros y compra al valeroso esclavo que se ha ofrecido en holocausto para salvar a sus amigos, a fin de tomarlo a su servicio.

El joven español que acaba de ganarse la consideración del cruel tirano de Argel por su firme actitud, se llama don Miguel de Cervantes Saavedra. Más adelante debía convertirse en uno de los más grandes escri-





DON QUIJOTE DE LA MANCHA



tores de Europa por su obra titulada: *Don Quijote de la Mancha*.

¿Cómo llegó a caer esclavo de los moros el joven Miguel, siendo llevado a Argel? ¿Quién es, en verdad, y de dónde viene?

No se conoce la fecha exacta del nacimiento de Miguel de Cervantes, pero la de su bautismo, el 9 de octubre de 1547, figura en el registro de la iglesia parroquial de Santa María, del pueblo de Alcalá de Henares, muy próximo a Madrid. La Historia apenas posee datos precisos sobre su juventud; sin embargo, su padre, médico, ejerció en Sevilla y Madrid, por lo que se supone que Miguel frecuentó los colegios de ambas ciudades, estudiando más tarde en la Universidad de Salamanca. A partir de la fecha en que cumplió veintidós años, entró al servicio de un cardenal, con el que marchó a Roma. Un año después se enroló, en Nápoles, en la Armada Española; en 1570, la ciudad de Nápoles, como toda la Italia del sur, pertenecía a España.

Se halló a bordo del buque almirante *Marquesa*, el 7 de octubre de 1571, día de la Batalla de Lepanto, y participó de esta manera en aquel célebre combate naval contra los turcos. A pesar de padecer una violenta fiebre, tomó parte activa en las operaciones y recibió dos heridas, una en el pecho; y otra en la mano izquierda, que le quedó mutilada.

No obstante y a pesar de estas desdichas, continuó en la Armada, pero sufriendo la desilusión de verse imposibilitado para ascender de graduación. Decidió ir personalmente a plantear la causa de su promoción cerca de las autoridades españolas y, provisto de cartas de recomendación del virrey de Nápoles y de don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, se embarcó con su

hermano Rodrigo, en setiembre de 1575, en Mesina, en la galera *El Sol*. Tras algunos días de navegación, la mala suerte se abatió sobre él. Tres naves tripuladas por piratas turcos abordaron a *El Sol* cuando costeaba por Sicilia. No obstante su valerosa resistencia, los turcos y los árabes (a quienes los españoles llamaban moros), se apoderaron de la galera y sus tripulantes. Las tres naves se dirigieron acto seguido a Argel con los nuevos cautivos, con destino a los calabozos donde se hallaban ya más de veinte mil cristianos, destinados a la esclavitud.

Las cartas de recomendación de que es portador, serán fatales para el joven Cervantes, ya que a causa de ellas se le consideró como un personaje importante y, en consecuencia, los piratas exigieron un fuerte rescate a cambio de su libertad. La familia de Cervantes, sin embargo, no disponía de una fortuna tan cuantiosa. Reunió, sí, parte de lo pedido y lo envió a Argel. Los piratas, considerando que aquella suma era muy exigua, consintieron en liberar a Rodrigo tras dos años de esclavitud, pero conservaron a Miguel, juzgándole más importante. No aceptando desempeñar un papel pasivo, sometiéndose a la dureza de su esclavitud, Miguel de Cervantes intentó evadirse. Lo consiguió, pero fue vuelto a coger. Sin descorazonarse, lo intentó cuatro veces más; cada tentativa era un nuevo fracaso, viéndose luego más cargado de cadenas y sometido a una mayor vigilancia. Empezó a desalentarse y a abandonar la esperanza de volver a ver nunca más su patria, cuando se produjo el acontecimiento colectivo de los quince compañeros, ya descrito.

Un año aproximadamente después de su entrevista con el virrey, Cervantes se enteró de la próxima partida de su amo, Hassan



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



Pachá, que ya había cumplido el plazo de su mandato. Iba a regresar a Turquía y, naturalmente, decidió llevarse consigo su séquito de esclavos, a los que haría trabajar como domésticos en su palacio de Constantinopla. Miguel de Cervantes era su favorito.

El mismo día de la partida de Argel, un mensajero recién llegado de España se presentó al virrey. Dicho emisario era portador del rescate pedido, o sea quinientos escudos de oro, para lograr la libertad de Miguel de Cervantes Saavedra. Así fue como el espa-

ñol pudo volver a su país, después de una ausencia de once años, de los que cinco los había pasado como esclavo de los turcos en Argel.

Después de su vuelta a España, Cervantes pensó obtener de las autoridades una justa recompensa a sus sufrimientos y privaciones, fundamentalmente por su brillante conducta en los combates. Se dirigió a tal fin al rey Felipe II, pero la decepción no tardó en llegar, abatiéndole profundamente. El monarca, que tenía otras graves preocupaciones, hizo que enviasen a su maltrecho servidor la módica cantidad de cien ducados.

El puerto de Argel, año 1569





DON QUIJOTE DE LA MANCHA



Entonces dio comienzo para Miguel de Cervantes una nueva era, ya que comenzó a escribir obras de teatro. Así publicó unas veinte comedias que, como no eran obras maestras, se perdieron con el paso de los años. En 1585, un año después de su matrimonio, obtuvo cierto éxito literario al publicar su primera novela *La Galatea*. Pero como apenas podía vivir con el producto de su pluma, Miguel entró al servicio del Estado en 1587. El empleo ofrecido no tenía gran interés para el esforzado espíritu de Cervantes. En realidad, estaba encargado de recaudar en la provincia de Sevilla el trigo y el aceite necesario para el avituallamiento de la Armada Invencible, que preparaba Felipe II, en 1588, para combatir a Inglaterra.

Todavía le aguardaba otra desilusión. Sus jefes esperaban que Cervantes cumpliese su misión brillantemente, o sea comprando los productos a bajo precio. Por su parte, los campesinos querían vender sus cosechas a precios razonables. Cervantes, queriendo obrar con honestidad, no tardó en verse en-

Acta de Bautismo de M. de Cervantes

vuelto entre ambos bandos, siendo sospechoso ante las autoridades de estafa en provecho propio. Más tarde, el ex soldado y futuro escritor llegó a trabajar como comisario del fisco, en Andalucía, donde habría de sufrir nuevos contratiempos. Un Banco con el que estaba en contacto quebró y Cervantes se vio mezclado, a pesar suyo, en el desdichado asunto, teniendo que padecer una condena de tres meses en la cárcel. Una súplica, dirigida al rey, pedía para él un empleo del Gobierno en una de las colonias de América, pero fue rechazada. Y obligado a devolver las sumas de los impuestos cuya responsabilidad recaía sobre sus hombros, Cervantes confesó la imposibilidad de cumplir con tal obligación. Nuevamente se abrió la prisión para él en 1602.

Los historiadores no han podido determinar si la idea de escribir su famosa obra de caballería le asaltó durante su primer encarcelamiento o durante el segundo.

El libro apareció en 1605 con el título de: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. De venta en una librería de Madrid, la edición no tardó en agotarse. El éxito de la obra y una colección de relatos

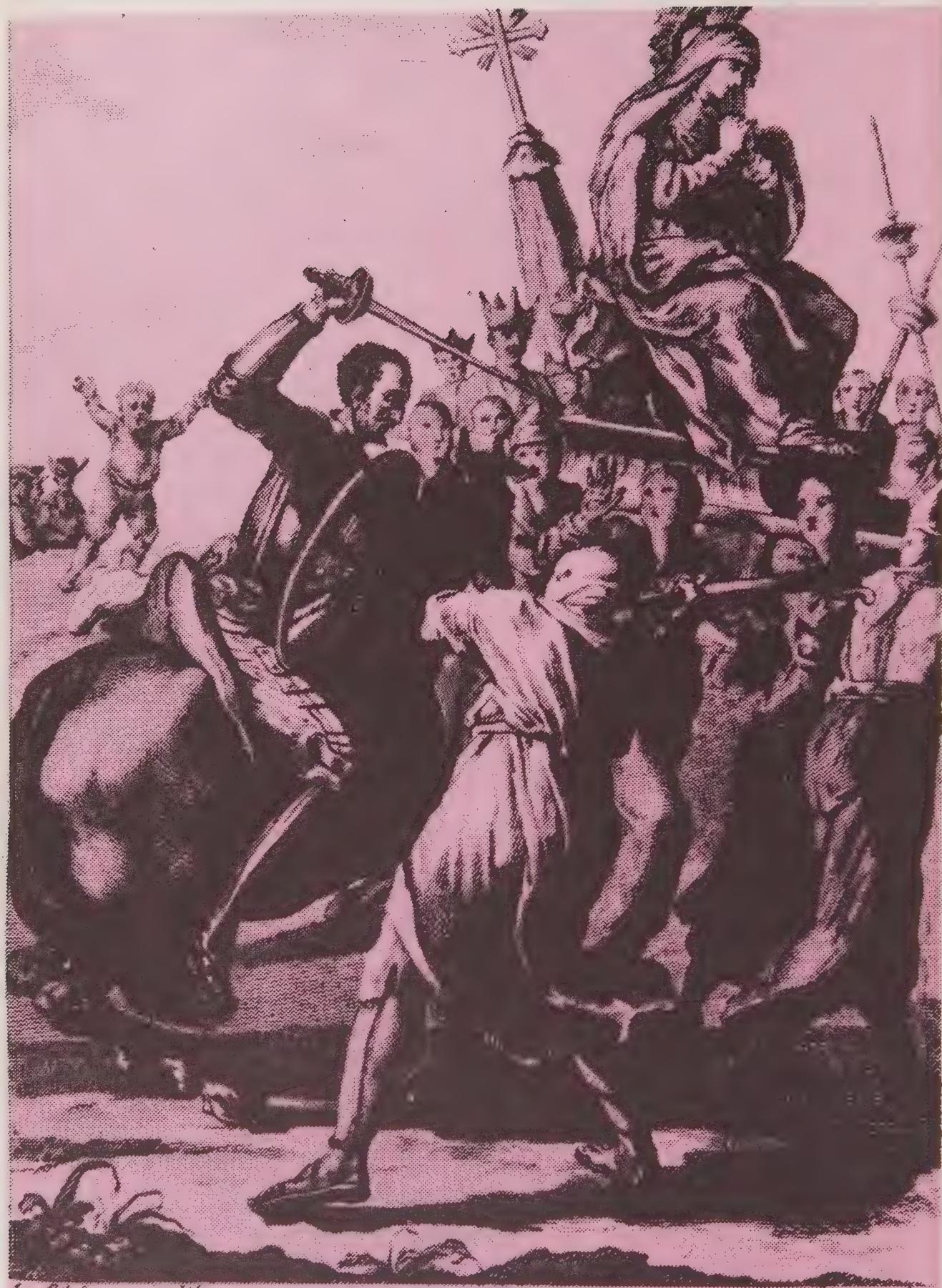
año de 1605

Yo soy yo miyo nvergaelme aco tubre dñm dñm dñm
 miguel de cervantes C qn a u m i n a C g u e r a o n o s f r e b a p r i m a d o n i
 u e r g a n b o r d a d e f u s o n d o b o p t i c o l e d e p e d r o g e n b o l
 se p a n i s s i c a d e m a g e n t a t o b a e t a b o n b o l C s a g u i
 t o l e b a p t i z e C f i n e d e m u b r e //

Bautizó
Saffino



El Quijote por Goya



by Karmo dil.

P. Duffe 8. 17

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

aparecida en 1613 le dieron fama, pero no dinero. Mientras se hallaba componiendo la segunda parte de su *Don Quijote*, en 1614, fue suplantado por un competidor, un tal Alonso Fernández de Avellaneda, el cual, sin el menor pudor, publicó una continuación con el título: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Segunda Parte.*

Cervantes se apresuró a concluir su segunda parte, sin sentir escrúpulos por aprovechar algún material de la obra de su rival. Concluyó esta segunda parte en la primavera del año 1615.

Dicha obra fue su último trabajo literario. Tenía muchos proyectos y planes, pero no pudo ponerlos en ejecución.

Debido a un ataque de hidropsia, Cervantes falleció el 23 de abril de 1616, en Madrid. Contaba sesenta y nueve años de edad. Fue enterrado en un convento de religiosas, pero se ignora dónde se halla su sepultura. La losa que habría podido identificar su última morada para la posteridad, se perdió definitivamente.

Significación de la obra

El libro *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* fue publicado por una librería de Madrid en dos partes; la primera apareció en 1605 y la segunda en 1615. Tuvo de inmediato un éxito tan grande que ha habido aproximadamente una edición cada año, desde entonces hasta nuestros días, en España y los países de lengua castellana.

En el extranjero, la obra fue, asimismo, conocida y admirada muy pronto. *El Quijote* fue traducido al francés en 1615, al inglés en 1620, y al alemán en 1682. Posteriormente, aparecieron traducciones al ho-

landés, danés, ruso, griego, hindú, japonés y hebreo. En todas partes del mundo, las hazañas del «Caballero de la Triste Figura» fueron acogidas y festejadas con entusiasmo.

Al igual que otras obras de éxito infantil, tales como *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, o *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, *El Quijote* no fue escrito pensando en los niños, sino como un libro para adultos. Al discurrir los siglos, el círculo de lectores se ensanchó, sin embargo, hacia la juventud, y los adolescentes y niños se vieron, como antaño sus padres, cautivados por la simpatía, la ternura y las inefables aventuras del caballero de la Mancha.

Es necesario, sin embargo, mucha perseverancia para leer las dos mil páginas que contiene, aproximadamente, la obra. Para superar este inconveniente obstáculo de muchos entusiasmos juveniles, han abundado las adaptaciones del texto, procurando de aproximarla a las posibilidades reales de lectura de los más pequeños. La primera adaptación fue inglesa, y se hizo en 1695; la primera en España, data de 1856. La edición que hoy ofrecemos, dirigida al público más joven, pretende seguir esta tradición.

Las adaptaciones permiten a los pequeños tratar directo conocimiento con Don Quijote, y regocijarse con sus aventuras. Situaciones cómicas y emotivas, como las derivadas del combate contra los molinos, la conquista del yelmo de Mambrino y otras de este tipo, colman de sobra el interés del público más joven. Pero *El Quijote* no es tan sólo una novela de aventuras. Y sería menospreciar al niño o al adolescente lector, pensar que los significados profundos de la misma escapan totalmente a su comprensión.

El Quijote por Dalí





DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Don Quijote y Sancho, en su locura el uno y en su sana credulidad el otro, despiertan la simpatía y la ternura de los jóvenes. Aquel alto y delgado caballero, actuando en una época y en un mundo en el que no es comprendido y, a pesar de ello, firme en su lucha contra las injusticias y los «entuertos», como él decía, genera en todos sus lectores, sin distinción de edades, una franca corriente de afecto y admiración. Don Quijote no es un loco cualquiera; es un loco sublime y enamorado que quiere quitar de la faz de la tierra el dolor, el crimen, el egoísmo y las injusticias; que quiere defender siempre a los más débiles contra los más fuertes, y que se juega la vida, si es necesario, para aliviar el dolor —real o existente sólo en su imaginación— de un semejante. Estos motivos superiores, que son los que mueven al Caballero de la Triste Figura a través de toda su epopeya, confieren a la obra cervantina el carácter de un amplio cuadro sobre la conducta humana. Así, Sancho Panza, el simple escudero que entra al servicio de Don Quijote con esperanza de ganar una isla que gobernar, contrasta con aquél por su sereno raciocinio y su simple lógica; dónde Don Quijote ve gigantes, Sancho ve molinos, y así sucesivamente. Cervantes ha dibujado genialmente dos tipos humanos básicos, como los que existen a millares en la vida real: el idealista, el hombre que vive soñando con arreglar el mundo, y que probablemente está —parece decirnos el autor— un poco loco, y el hombre práctico del pueblo, el buen trabajador, tal vez no instruido, tal vez demasiado crédulo, pero básicamente equilibrado, bueno y generoso. Don Quijote y Sancho son ejemplos literarios de hombres con los que convivimos día a día.

Sin duda, Cervantes volcó en su creación su propia personalidad, más cerca de la de Don Quijote que la de Sancho; luchó en su juventud valientemente por su patria y sus ideales, y recibió en esa lucha sólo desdichas materiales; prisión, heridas y una manquera que arrastró toda su vida; sin embargo, él se mostraba orgulloso de esta etapa, y hablaba con exaltación de sus ideales y de su propia mutilación, como un Quijote verdadero, satisfecho del deber cumplido aunque estuviera por los suelos, molido a golpes. Lo importante no era, en esta óptica idealista, el resultado, sino los motivos por los que se luchaba; y éstos eran los más nobles del mundo: Borrar injusticias y defender y ayudar a los débiles.

Don Quijote y Sancho simbolizan el idealista soñador y el campesino práctico, asociados por extrañas circunstancias, y recorriendo un mundo que, en general, se burla de ellos. Sin embargo, a lo largo de sus aventuras, Sancho va adquiriendo la mentalidad de su amo, y sin perder jamás su natural sentido de las cosas, va comprendiendo la grandeza de luchar por un ideal justo. Así, Sancho se va «quiijotizando», y cuando el Caballero está en su lecho de muerte, el escudero le insta a no morirse, y a volver a recorrer caminos para defender a los infelices. En cambio, Don Quijote se «sanchifica» al final de la obra, y sin renunciar a sus ideales, reconoce lo excesivo de sus lecturas y lo descabellado de su intento.

Sin duda, Cervantes quiso burlarse de los libros de caballería, tan en boga entonces, y criticar los aspectos más exagerados de la mentalidad de los caballeros andantes; pero en esta tarea, creó al más original, idealista y simpático de los caballeros; Don Quijote, el «Caballero de la Triste Figura».

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE de la Mancha.

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

D I R I G I D O A L D U Q V E D E
Bejar, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcazar
y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer,
Señor de las villas de Capilla, Curiel,
y Burguillos.

Año

1617.



Impresso con licencia, en Barcelona, en casa de
Bautista Sorita, en la Libreria.

A costa de Rafael Viues mercader de libros.



Don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo con pocas tierras y muy vetusta casa solariega. Se sentía particularmente orgulloso de su lanza, su escudo, un caballo muy flaco, y un perro cazador. Este caballero empleaba para alimentarse las tres cuartas partes de sus menguados ingresos, reservando el resto para vestirse: sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, y en los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino, aunque idéntico a los de los aldeanos.

Una vieja ama se ocupaba de cuidar su casa, ayudada por una sobrina que todavía no contaba veinte años. Un sirviente tenía a su cuidado las tierras, los jardines y toda la heredad del pobre caballero.

Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia,

seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Según dicen respondía al nombre de Quijada o Quesada.

Como se ha señalado, la caza fue uno de sus mayores placeres, en su juventud; pero dejó este violento deporte para entregarse a su nuevo pasatiempo favorito: la lectura de los libros de caballería. Tan absorto estaba por la pasión de aventuras, que lo olvidaba todo y ni siquiera se ocupaba de su hacienda; y así, con el fin de satisfacer sus gustos sobre los conocimientos de los caballeros andantes, fue vendiendo sus tierras poco a poco, para poder adquirir nuevos libros. Como leía de día y de noche, su cerebro no descansaba, hasta el punto de llegar a perder la razón. A partir de aquel instante, vivió en el mundo irreal de los seres descritos en los romances caballerescos, y su cabeza, repleta de aventuras extraordinarias, le ha-



DON QUIJOTE DE LA MANCHA

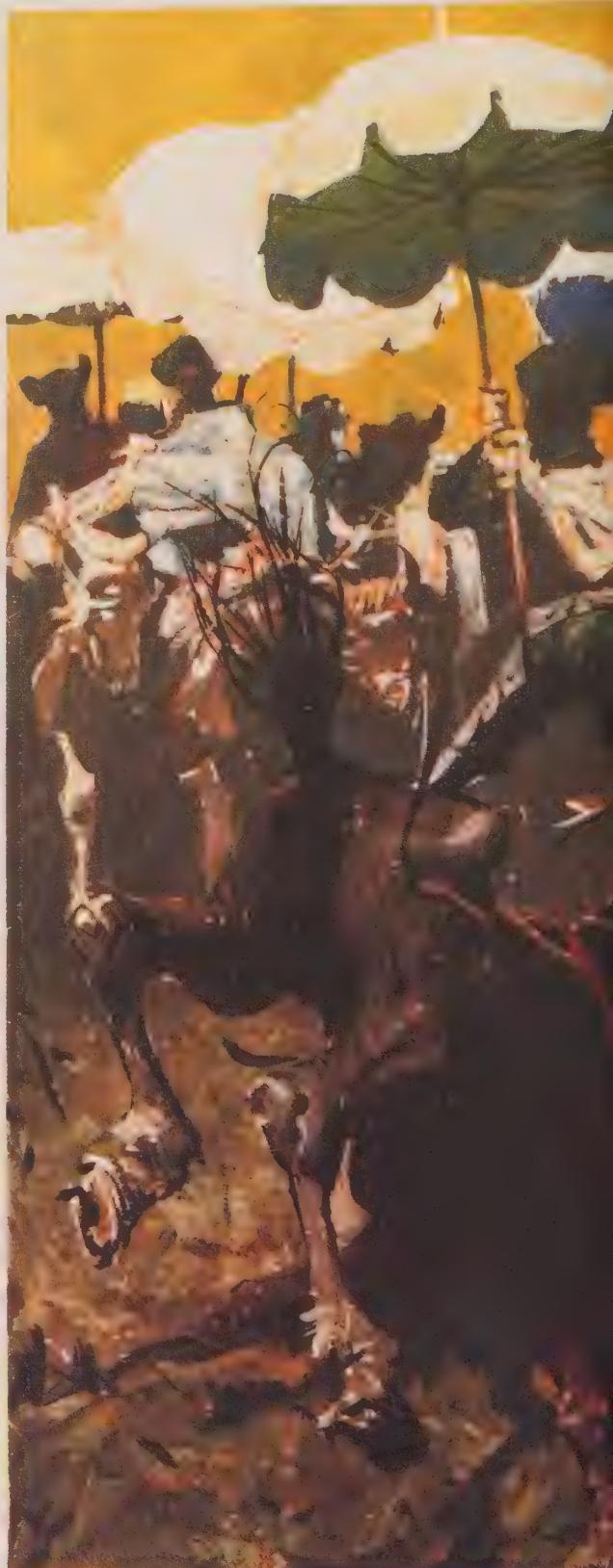


cía entrever situaciones inverosímiles, donde figuraban brujos, magos, provocaciones, combates singulares y también jóvenes doncellas a quienes entregaba su corazón.

Se sentía tan atraído por las andanzas del caballero Palmerín de Inglaterra, de Amandís de Gaula, del caballero de la Ardiente Espada, el caballero de Montalbán y otros, que llegó a persuadirse de la existencia real de estos héroes y de la autenticidad de sus hazañas.

Y un día se produjo lo inevitable. Nuestro buen hidalgo, imbuido de su importancia, decidió convertirse en caballero andante y viajar por el mundo, armado y con su corcel de batalla. Deseaba, como los héroes de sus libros, combatir la injusticia doquiera la hallase. Su imaginación desenfrenada le dejaba entrever una justa recompensa a su valentía. Y con esto en su mente, emprendió los preparativos para su partida.

Descubrió en una buhardilla una armadura llena de polvo y orín, que había pertenecido a uno de sus antepasados, y pensó sacar provecho de la misma, limpiándola a conciencia. De todos modos, la armadura dejaba bastante qué desear. En lugar del casco de rigor en tales casos, con su celada, no poseía más que un morrión simple; mas esto lo suplió su habilidad, porque de cartones hizo a modo de una media celada, que encajada con el morrión tenía la apariencia de celada entera. Sin embargo, era preciso hacer la prueba con aquella pieza. Por desgracia, al primer punterazo de la espada deshizo en un instante lo que había fabricado en una semana. Con paciencia, nuestro hidalgo volvió a poner manos a la obra, y al cabo de otra semana el casco poseía ya una celada manejable, reforzada esta vez por alambres entrelazados. Prefirió





DON QUIJOTE DE LA MANCHA



no volver a probar su consistencia, y la dio por buena, y capaz de resistir los más terribles golpes.

Después de su equipo, era necesario ocuparse de una montura, indispensable para un héroe. El enflaquecido animal que tenía en el establo tendría que desempeñar aquel papel. Y aunque no le quedaban más que la piel y los huesos, su amo, con su desatada imaginación, lo veía más vivo, más rápido y ardiente que «Bucéfalo», el célebre caballo de Alejandro Magno. Con el fin de darle a su cabalgadura la distinción indispensable, pensó otorgarle un nombre sonoro y rimbombante. Durante cuatro días, el futuro desfacedor de entuertos caviló diversos nombres. Al final, después de largas reflexiones, se decidió por el nombre de «Rocinante», que en su perturbado cerebro significaba que su cabalgadura había sido antes un rocin, y que estaba ahora delante de todos los rocines del mundo. Ya en posesión de la armadura y el caballo de un verdadero caballero de noble porte, sólo le faltaba darse un nombre a sí mismo. Ocho días necesitó para su elección. Y tras haber comparado los apodos de sus colegas de anfílio, se le ocurrió la idea de llamarse «Don Quijote», de donde se infiere que él debía llamarse en verdad Quesada o Quijada, como se ha dicho. Asimismo, en los romances de la época, había leído que los grandes héroes añadian a su nombre el de su patria o región, por lo que, deseando emularlos en todo; si no superarlos, decidió agregar a su «Don Quijote», el nombre de la región donde naciera, con lo que quedó definitivamente formado el sonoro apelativo de «Don Quijote de la Mancha».

En fin, no le faltaba ya más que un punto por resolver, el cual era el de la dulce

enamorada que todo buen caballero debía tener, y a la que consagrar el fruto de sus desvelos y afanes. Puesto que de lo contrario sería como un árbol sin hojas y sin fruto, un cuerpo sin alma. Necesitaba una alta doncella ante quien los gigantes vencidos irían a arrodillarse, para decirle:

«Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la isla Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás lo bastante alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante.»

Al pronunciar estas frases, dictadas por su alterado espíritu, se acordó de una joven aldeana de un pueblo vecino. En su juventud, su corazón latió por ella, si bien jamás le había declarado su vehemente pasión. Se llamaba Aldonza Lorenzo. Sin embargo, Don Quijote ideó un nombre que mejor armonizase con el suyo y su imperecedera fama. Sí, llamaría a la dama de sus amores «Dulcinea del Toboso», ya que era ella nativa de aquel pueblo.

Una vez concluidos todos los preparativos, ya nada impedía que el héroe emprendiese la realización de su loco sueño. Y una mañana del mes de julio, revestido de su armadura, con su casco, su adarga y su lanza, cabalgó en «Rocinante», saliendo por la puerta trasera de su hacienda, en dirección a los campos de la Mancha.

Apenas en ruta, una espantosa idea comenzó a torturarlo de modo tan intenso que a punto estuvo de abandonar su propósito. Una enorme dificultad se oponía a la realización de su generosa cruzada. ¿Cómo había osado partir a la aventura sin ser armado caballero? Sin poseer tal título no te-



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



nía derecho a medirse con otros. Después de madura reflexión decidió proseguir su marcha por el camino del honor y hacerse armar caballero por el primer personaje que hallase en su camino. Y abandonando la brida sobre el cuello de «Rocinante», permitió que su rocín eligiese libremente la ruta.

En aquel mismo instante, por una rara casualidad, el porquero de unos marranos que estaban retozando no muy lejos de allí, tocó su cuerno para reunir su manada, y Don Quijote interpretó aquel sonido a su manera. Le pareció que se trataba del enano que solía haber en los castillos, el que tocaba un cuerno para anunciar la llegada de un caballero andante. Don Quijote se acercó animadamente a las dos jóvenes y se detuvo ante ellas. Asustadas por su aspecto, iban ya a huir, cuando el recién llegado, bajando la visera de su casco, pronunció estas palabras:

—Non fuyades las vuestras mercedes ni teman desaguisado alguno, ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Las jóvenes jamás habían oído pronunciar tan bizarras palabras, por lo que estallaron en una carcajada, y ante su comportamiento, Don Quijote, sintiéndose vejado, continuó:

—Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo para que os acuitades ni mostrades mal talente, que el mío non es sino el de serviros.

Las muchachas habrían seguramente continuado burlándose del caballero, si el dueño de la venta no hubiera acudido a recibir

al forastero. Al descubrir el extraño aspecto de su huésped, también sintió tentaciones de soltar la risa, pero se contuvo y le dijo, con la mayor cortesía:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás lo hallará en ella en mucha abundancia.

Y de esta manera, Don Quijote franqueó la puerta de la venta.

Tras haber efectuado sus abluciones y apaciguado su hambre, fue en busca del ventero, a quien creía el señor del lugar, y le suplicó que le diese su espaldarazo. El ventero consintió en ello, para seguir la burla, adoptando su más grave aspecto.

De acuerdo a la usanza caballeril, Don Quijote se preparó para velar las armas aquella noche, ceremonia previa e imprescindible para un futuro caballero. Pero como en la venta no había capilla, decidió montar la guardia en el patio interior, que él tomaba por el parque del castillo.

Durante la noche, unos muleros llegaron con sus monturas al pozo, a fin de abrevárlas. Don Quijote había colocado sus armas sobre el pozo, y un mulero las arrojó sin miramientos al suelo. Horrorizado por la afrenta, el caballero se encomendó a Dulcinea y atacó al trabajador, a quién propinó un golpe que le dejó tendido. Acudieron entonces algunos compañeros del caído, y agredieron a Don Quijote a pedradas; cubriéndose como podía, el caballero les trataba de cobardes y viles por atacarle colectivamente, y acusaba de follón y mal nacido caballero al dueño del castillo, por permitir que así se le tratase. Por fortuna el ventero, atraído por la algarabía, salió al patio y les explicó a aquellos buenos hombres el estado de locura en que vivía su



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



extraño parroquiano, con lo cual los muleros abandonaron a su extrafalso enemigo.

Concluido el incidente y deseoso el ventero de ver partir a su huésped para ahorrarse otros desaguisados, declaró que estaba dispuesto a consagrarse caballero.

La ceremonia tuvo lugar con toda la solemnidad de rigor, aunque durante su desarrollo las jóvenes apenas pudieron retener la risa que les cosquilleaba en la garganta. Después del acto, el ventero persuadió al héroe de que un verdadero caballero debe

poseer siempre sobre su persona alguna cantidad de dinero, y tener permanentemente a su lado un devoto escudero. Unos minutos más tarde, el nuevo caballero abandonó la venta con toda dignidad.

Decidió entonces regresar a su hacienda para coger algún dinero y tomar un escudero a su servicio.

Al alba, salió Don Quijote de la venta, tan gallardo y alborozado por verse armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Guió a «Rocinante» hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho, cuando sintió unas voces delicadas, como de persona que se quejaba, y que venían de la espesura de un bosque que allí estaba. Apenas las hubo oído, cuando dijo:

—Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos; estas voces son, sin duda, de algún menesteroso, o menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda.

A pocos pasos que entró por el bosque, vio atado a una encina a un muchacho, desnudo de medio cuerpo para arriba, y que tendría unos quince años. Era él quien daba las voces, y no sin causa, porque le estaba dando con una correa muchos azotes un labrador de buen talle. A cada azote, le decía:

—La lengua queda y los ojos listos.

Y el muchacho respondía:

—No lo haré otra vez, señor mío; prometo tener, de aquí adelante, más cuidado.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

—Descortés caballero, mal parece tomáros con quien defenderse no puede; subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza, que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.

El labrador, que vio sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo una lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras, respondió:

—Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un criado que me guarda una manada de ovejas; y es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido, dice que lo hago de miserable, por no pagarle el sueldo; y juro que miente.

—¿«Miente delante de mí, ruin villano? —dijo Don Quijote—. Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no, os aniquilo en este punto. Desatadle.

El labrador obedeció, y Don Quijote preguntó al criado que cuánto le debía su amo. El dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quijote y halló que sumaban sesenta y tres reales, y dijole al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que no debía tanto porque se habían de descontar tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

—Quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado —respondió Don Quijote—; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagasteis, vos le habéis roto el de su cuerpo; y si

le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos se la habéis sacado estando sano; así que no os debe nada.

—Señor caballero, no llevo aquí dinero; que venga Andrés conmigo a mi casa, y allí le pagaré, un real sobre otro.

—¿Irme yo con él? —dijo el muchacho—. No, señor, ni por pienso; que en cuanto quedemos solos, me desollará.

—No hará eso —replicó Don Quijote—: basta que me jure, por la ley de la caballería, que cumplirá su palabra.

—Mire vuestra merced —dijo el muchacho— que mi amo no es caballero, ni ha recibido orden alguna; que es Juan Haldudo el rico, vecino de Quintanar.

—Importa poco eso —respondió Don Quijote—; aunque sea de humilde origen cumplirá su palabra; cada uno es hijo de sus obras.

—Así es —dijo Andrés—; pero este mi amo, ¿de qué obras es hijo, si me niega mi paga y mi sudor y trabajo?

—Hermano Andrés —respondió el labrador—, hacedme el placer de venir conmigo; que yo os juro por todas las órdenes de caballería que os pagaré.

—Con eso me contento —dijo Don Quijote—; y mirad de cumplirlo como habéis jurado; si no, he de volver a buscaros y a castigaros, aunque os escondáis más que una lagartija; y si queréis saber quién os manda esto, sabed que soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones.

Y diciendo esto, picó a «Rocinante» y se alejó. Cuando el labrador vio que había traspuesto el bosque, volvióse hacia su criado Andrés y le dijo:

—Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo!



—¡Y andará vuestra merced acertado en hacerlo —dijo Andrés— porque de lo contrario aquel buen caballero, que mil años viva, volverá y ejecutará su amenaza!

—Cumpliré —dijo el labrador—; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.

Y asiéndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes, que le dejó por muerto.

—Llamad, señor Andrés, ahora —decía el labrador— al desfacedor de agravios; veréis como no desface éste; me vienen ganas de desollaros vivo.

Por fin, le desató y le dejó marchar; Andrés se partió algo mohín, jurando ir a buscar a Don Quijote; pero a fin de cuentas, él quedó llorando y su amo riendo. De esta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote.

En tanto Don Quijote deshacía la ruta del día anterior, se cruzó con seis mercade-

res de Toledo. Considerándolos caballeros andantes, quiso obligarles a reconocer la perfecta e inigualable belleza de la reina de la Mancha, la incomparable Dulcinea del Toboso. Ante su negativa, se abalanzó contra ellos, con la lanza en ristre. Pero en su ardoroso impulso, el mísero «Rocinante» tropezó y Don Quijote cayó al suelo y permaneció inerte. Los mercaderes, coléricos, asieron un pedazo de su lanza rota y le apalearon con ella.

Mucho más tarde fue reconocido por uno de sus vecinos, el cual le socorrió y montándole sobre su asno le condujo a su casa, llevando de la brida a «Rocinante».

Al llegar la noche, el vecino llegó a la hacienda de Don Quijote. Ambos fueron acogidos por el ama, la cual metió al viejo hidalgó en la cama.

Durante el sueño reparador y la inconsciencia en que estuvo nuestro héroe, dos amigos suyos, el cura y el barbero del lugar, descubrieron la causa del extraño comportamiento de Don Quijote. ¡Los libros de

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

caballería eran la causa de todas sus locuras! Decidieron entonces realizar un escrutinio y quemar toda aquella perniciosa literatura que así había trastornado el seso de su querido amigo. Pronto las llamas fueron reduciendo todas las malas obras a cenizas. Después, cerraron y atrancaron la puerta de la biblioteca.

Al cabo de dos días Don Quijote buscó en vano su colección de novelas. Y entonces le contaron la visita de un hechicero que hizo desaparecer todos los libros y la biblioteca entera, sin dejar rastro alguno. Durante quince días, Don Quijote soportó la monotonía de su vida en su casa, pero de repente oyó una voz interior que le dijo que, dada su condición de caballero andante, debía volver al mundo para seguir desfaciendo entuertos.

Vendió entonces algunas tierras, hipotecó las demás, y con dinero en su faltriquera, consiguió contratar para su servicio a un aldeano como escudero suyo. Respondía al nombre de Sancho Panza, y consintió en seguir a su vecino, seducido por las promesas de éste. Entre otras cosas le había dicho que podían ganar, en un quítame allí esas pajas, alguna isla de la que pensaba nombrarle Gobernador.

Durante la noche siguiente a este acuerdo, los dos personajes abandonaron la aldea sin despedirse de los vecinos y sin que nadie se apercibiera de su marcha.

Feliz por las promesas hechas a su intención, Sancho Panza ya se veía cumpliendo las delicadas funciones de gobernador. Y siguiendo a su amo, erguido sobre su asno rucio, con un zurrón lleno de ropa y una bota de vino, soñaba con sus importantes acciones futuras. Sin poder contenerse, se dirigió así a su amo:

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la isla me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea.

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores a sus escuderos de las islas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella.

—De esa manera —respondió Sancho Panza—, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, mi Teresa vendría a ser reina y mis hijos infantes.

—¿Pues quién lo duda?

—Yo lo dudo —replicó Sancho Panza—, porque tengo para mí, que aunque lloviése Dios reinos sobre la tierra, ninguno sentaría bien sobre la cabeza de mi Teresa. Sepa que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú a Dios, Sancho —respondió Don Quijote—, que El le dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas a contentar con menos que con ser Adelantado.

—No haré, señor mío —respondió Sancho—, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

Platicando así llegaron a una comarca donde se alzaban, sobre las colinas, unos treinta o cuarenta molinos. Al divisarlos, Don Quijote le anunció a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desejar; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes con quienes pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos





DON QUIJOTE DE LA MANCHA



despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra y es buen servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo— de los brazos largos, que los suelen tener algunos casi de dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen, no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió Don Quijote— que no estás cursado en eso de las aventuras; ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio en que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y picando espuelas a «Rocinante», avanzó sin cuidarse de su escudero, ni de las frases que éste murmuraba. Para Don Quijote, aquellos molinos de viento eran gigantes y ninguna evidencia habría podido cambiar su idea de combatirlos.

De repente, una leve brisa hizo voltear las aspas de los molinos, visto lo cual el buen caballero, sintió redoblar su ánimo.

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y esto diciendo, y acogiéndose a la protección de la dama de sus pensamientos, la bella Dulcinea del Toboso, se cubrió con el escudo y arremetió lanza en ristre contra sus enemigos. Se precipitó al galope contra el primer molino, cuyas aspas seguían girando con indiferencia ante la acometida de nuestro héroe.

El contacto y el choque fueron rápidos y

violentos. Al tocar la lanza una de las aspas, se rompió por completo y, mientras éstas seguían girando, el caballero se vio proyectado al suelo, lo mismo que su jamelgo.

Al ver a su amo caído, Sancho Panza acudió en su ayuda.

—¡Válame Dios! ¿No le dije yo a vuesa merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

Sin prestar oído a tan sanos razonamientos, Don Quijote le contestó:

—Calla, amigo Sancho, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento; tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.

Ayudando a su amo a incorporarse, le sostuvo para permitirle subir sobre «Rocinante», y la dócil bestia reanudó la marcha, cojeando tristemente.

El fracaso de su aventura con los gigantes convertidos en molinos, no disminuyó en Don Quijote la pasión que alimentaba hacia las empresas valerosas. Unos días más tarde, encontró a una caravana. Se trataba de un carro en el que iba una dama acompañada de dos frailes y un séquito de lacayos y servidores. Al apercibirles, Don Quijote se estremeció, ya que acababa de reconocer a dos hechiceros bajo el disfraz de aquellos hábitos monásticos.

Entró en singular combate y derribó a





DON QUIJOTE DE LA MANCHA



uno de los frailes, y después, tras un breve duelo, consiguió hacer vaciar los arzones al gran escudero de la dueña; se trataba de un vizcaíno. Las súplicas de la dama eran apremiantes, por lo que Don Quijote consintió en dejar con vida al caballero vizcaíno, mas con una condición. Debía inmediatamente dirigirse al Toboso para postrarse a los pies de su dama, la muy gentil y bella Dulcinea.

La siguiente aventura no tuvo un final tan venturoso para nuestro héroe. El y su escudero tuvieron un tropiezo inesperado con unos cabreros. Se entabló el combate, pero esta vez, los enemigos, en mayor número, dieron buena cuenta de ambos andantes, dejándoles muy malparados. Y tuvieron grandes congojas antes de llegar a una venta para curarse y reanimarse.

En otra ocasión, se encontraron Don Quijote y su escudero en un prado, en plena noche oscura, de tal forma que debían caminar a tientas; de pronto, oyeron un gran ruido como de agua que se despeñaba, acompañado de golpes y crujir como de hierros y cadenas. Don Quijote, lejos de atemorizarse, se aprestó a comenzar una nueva aventura:

—Sancho amigo —dijo con entusiasmo—, yo soy aquel para quien están guardados los peligros y las mayores hazañas; yo soy quien ha de resucitar a los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama. Bien notas las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el temeroso ruido de aquel agua, que parece que se despeña desde los montes de la luna, y aquellos golpes que nos lastiman los oídos; todo esto, que a otro producirían pánico, para mí son incentivos que hacen que el co-

razón me reviente en el pecho, con el deseo de acometer esta gran aventura. Así que aprieta un poco las cinchas de «Rocinante», y quédate aquí esperándome hasta tres días; si no volviere al cabo de ellos, irás al Toboso, donde dirás a mi incomparable señora Dulcinea que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó estas palabras, comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo, mientras le rogaba que no se arriesgase de esa forma, y no le dejase solo en aquellos desolados parajes. Pero Don Quijote estaba firme en su idea, y era imposible de desviarlo de ella con razones; de modo que el escudero, apelando a la astucia, ató con el cabestro de su asno ambas patas a «Rocinante». Cuando Don Quijote quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos. Viendo Sancho el éxito de su estrategema, dijo:

—Ea, señor; el cielo, conmovido por mis lágrimas, ha ordenado que no se pueda mover «Rocinante»; y ya podéis porfiar, y espolear, e insistir, que será inútil.

Don Quijote se desesperó, pero por más que espoleaba a su caballo, menos le podía mover; sin percatarse de la ligadura, resolvió por fin sosegarse y esperar que amaneciese, erguido y despierto en su cabalgadura. Sancho, muerto de miedo, quedó abrazado al muslo izquierdo de su amo.

En esto, parecer ser, o que el frío de la mañana, que ya se venía, o que Sancho hubiese cenado en demasía, o que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer), a él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que tenía que no osaba apartarse de su amo. Por otra parte, pensar de



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



no hacer lo que tenía gana tampoco era posible; y así, lo que hizo fue soltar, con mucho silencio, la lazada corrediza con que los calzones se sostenían; alzó la camisa, y echó al aire sus posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto (que él consideró necesario para salir de aquel terrible aprieto), le sobrevino el temor de no poder mudarse sin hacer estrépito y ruido; y comenzó a apretar los dientes y a encoger los hombros, conteniendo el aliento cuanto podía; pero a pesar de todo, fue tan desdichado que al cabo vino a hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que a él le ponía tanto miedo. Oyólo Don Quijote, y dijo:

—¿Qué rumor es ése, Sancho?

—No sé, señor —respondió él—. Alguna cosa nueva debe ser; que las aventuras y desventuras nunca vienen solas.

Tornó otra vez a probar suerte, y todo le salió tan bien que sin más ruidos ni alborotos quedó libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas como Don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto a él que los vapores subían casi en línea recta, no se pudo excusar de que algunos no llegasen a sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él las apretó entre dos dedos, y con tono gangoso, dijo:

—Me parece, Sancho, que tienes miedo.

—Sí tengo —respondió Sancho—; mas ¿en qué lo nota vuestra merced?

—En que ahora más que nunca hueles, y no a rosas —respondió Don Quijote.

—Bien podía ser —dijo Sancho—; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a estas horas por estos sitios.

—Retírate tres o cuatro pasos allá, amigo —dijo Don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices)—, y de aquí

en adelante ten más en cuenta el respeto que debes a mi persona; que la mucha conversación y la excesiva confianza que te he otorgado, han provocado este incidente.

—Apostaré —replicó Sancho— que piensa que yo he hecho... algo indebido.

—Peor es meneallo, amigo Sancho —respondió Don Quijote.

Al llegar la mañana, con mucho tiento, Sancho desligó a «Rocinante» y se ató los calzones. Don Quijote se internó en busca de la causa de aquellos extraños ruidos nocturnos, esperando afrontar alguna aventura emocionante y peligrosa; pero se sintió muy descorazonado cuando vio que el estruendo que había atemorizado a Sancho lo producían una cascada de agua que caía desde una peñas cercanas, y seis mazos de batán, especie de máquina compuesta de unas manos de madera muy gruesas, movidas por una rueda impulsada por el agua.

Sin embargo, la vida errante continuó. El cerebro de Don Quijote sueña de continuo grandes empresas, no viendo por doquier más que caballeros andantes, gigantes o monstruos. Así pues, parándose de repente, oyó los relinchos de los caballos de una partida de guerra y el sonido de las trompetas. Sancho Panza, con toda su buena voluntad, no consiguió creer esta explicación de su amo, ya que lo que él oía en realidad eran los balidos de un rebaño de ovejas.

Sin dejarse influir por las buenas razones de su escudero, Don Quijote picó espuelas y se lanzó con «Rocinante» a la pelea. De esta manera cayeron siete corderos bajo la furiosa arremetida del viejo hidalgo, pero los pastores, encolerizados, obligaron a huir al intruso a pedradas. De esta desventura



con las ovejas, el desdichado caballero no sacó gloria, pero sí varios dientes rotos.

Su impetuosidad no disminuyó, no obstante este fracaso. A la noche siguiente, amo y servidor divisaron un cortejo fúnebre. A tal vista, Don Quijote no dudó que se hallaba en presencia de un gran caballero muerto o gravemente herido, y su honor le ordenó vengar el ultraje cometido con uno de sus colegas. Acto seguido ordenó el alto de la comitiva y exigió una explicación. Ante la negativa de los otros, asió su lanza y furiosamente cargó contra todos cuantos acompañaban los mortales despojos.

En ese momento, y como la luz de las antorchas en la noche prestaba un aspecto tan ridículo a su amo, se le ocurrió a Sancho darle como sobrenombre «El Caballero de la Triste Figura».

Ante las incessantes desdichas que caían sobre su amo, el buen escudero creyó haber hallado la explicación. Si Don Quijote no conseguía ninguna victoria, era porque no

había dado cima a su promesa de conquistar el casco del rey de los moros, el yelmo de Mambrino. En efecto, esta pieza concedía la invulnerabilidad a quien lo llevaba.

La ocasión de cumplir tal promesa no se hizo esperar. Don Quijote divisó en la lejanía la figura de un hombre que les venía al encuentro, y su enfermiza imaginación lo confundió con el rey de los moros.

—¿No ves a aquel caballero que hacia nosotros se acerca sobre un caballo rucio rogado, y que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

—Lo que yo veo y columbro —respondió Sancho— no es sino un hombre que sobre un asno pardo como el mío, trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

—Pues ése es el yelmo de Mambrino —dijo Don Quijote—. Apártate y déjame con él a solas, verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura y queda por mí el yelmo que tanto he deseado.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



¿Quién era en realidad aquel personaje? Dos aldeas ocupaban la comarca y en una de ellas trabajaba un barbero muy famoso por su buen quehacer en el oficio. Cuando lo llamaban para ir a cumplir su cometido o hacer una sangría en la población vecina, el barbero se preparaba con toda diligencia, montaba sobre su asno y se llevaba consigo los instrumentos de su labor, particularmente la bacía.

Y aquel preciso día, como fuera que llovía ligeramente, el barbero se había puesto la bacía sobre su cabeza para protegerse del rigor del tiempo.

De esta estrañaria guisa se había encaminado a su objetivo sosegada y confiadamente por aquellos al parecer pacíficos campos, sin presentir lo que le esperaba en cuanto se apareciera a los ojos del «Caballero de la Triste Figura». No tardó en comprobarlo para su desventura.

A pesar de la sagaz y justa observación de Sancho Panza, no por ello dejó Don Quijote de ver en la figura del pobre barbero a un caballero que llevaba un casco de oro en la cabeza, montado sobre un gran caballo blanco.

Cuando el barbero llegó a su altura. Don Quijote blandió su lanza y se abalanzó sobre él, gritando:

—¡Defiéndete, cautiva criatura, o entrégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe!

Al divisar la hirsuta cabeza y el rostro de su interlocutor, el pobre rapabarbas, asustado, se deslizó rápidamente al suelo, y con los pies pegándose en la espalda, emprendió veloz carrera, abandonando el asno y la bacía. Al instante, Don Quijote le ordenó a su escudero que recogiese tan preciado tesoro, y cuando estuvo en su poder trató de

colocárselo sobre la cabeza, sin poder encontrar la celada. Al ver aquello, se le ocurrió una explicación.

—Sin duda que el pagano a cuya medida se forjó primero esta famosa celada debía de tener grandísima cabeza y lo peor dello es que le falta la mitad.

Cuando Sancho oyó llamar a la bacía celada no pudo contener la risa, más vínosele a las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad de ella.

—¿De qué te ríes, Sancho?

—Ríome —respondió él— de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño de este almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada.

Pero Don Quijote no escuchaba ya a su escudero; no había la menor duda, la bacía con tanto esfuerzo cobrada era el yelmo de Mambrino que a partir de aquel momento debía protegerle con eficacia de todo peligro.

Pero nuestro infatigable caballero no iba a tardar en verse envuelto en otra singular aventura. Un grupo de prisioneros, con grillos en los tobillos, se dirigía al puerto más cercano, destinados a las galeras. Al divisarles, Don Quijote sintió vibrar su alma de desfacedor de entuertos. Y valerosamente exigió saber de cada condenado la causa de su condena. Todos accedieron de buena gana a su demanda, de lo cual resultó que todos ellos eran unos grandísimos bribones. Pese a ello, Don Quijote anunció su propósito de libertarlos, diciéndoles a los guardianes que ni aun el mismo rey tenía derecho a transformar en esclavos a hombres libres.

Tan pronto como exigió la libertad de los presos, trabóse la batalla. Por fin los guardianes emprendieron la huida y los condenados lograron desprenderse de sus cade-

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



nas. Volviéndose entonces hacia aquellos harapientos individuos, Don Quijote les ordenó que fuesen inmediatamente a prosternarse a los pies de su dama, Dulcinea del Toboso, haciéndole obsequio de sus cadenas ya inútiles.

La banda de forajidos no quiso escucharle, atacándole en cambio a pedradas. Un miserable le destruyó el famoso yelmo de Mambrino, mientras que los demás despojaron al caballero y a su escudero de cuanto de valor tenían, huyendo luego y abandonando descalabrado a su bienhechor en el mismo escenario donde éste les retornara su libertad.

Durante todo aquel tiempo, los amigos de Don Quijote, el cura y el barbero Nicolás, se plantearon la cuestión de cómo podrían conseguir que el caballero regresara a su hacienda mediante una treta bien urdida, que sin perder tiempo llevaron a efecto.

En cuanto a Don Quijote y Sancho Pan-

za, se hallaban ya emprendiendo la travesía de Sierra Morena, gozando allí de nuevas y sabrosas aventuras.

Un día hallaron a una joven que, arrodillándose, les imploró ayuda y asistencia. Se trataba, en realidad, de una muchacha que estaba en combinación con los amigos del caballero, y deseosa de hacerle regresar a su aldea. El plan tuvo éxito, y Don Quijote consintió en el regreso, pero durante el mismo aún le ocurrieron diversos incidentes y avatares.

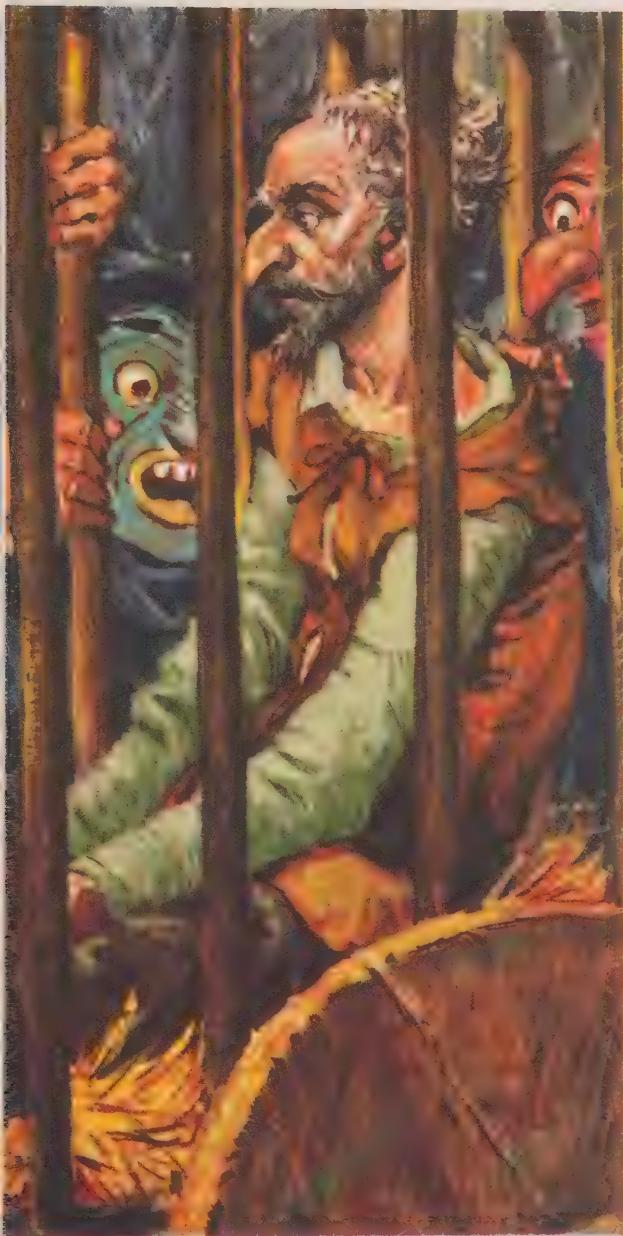
Una noche, en un mesón donde decidieron pasar la noche, Don Quijote luchó ferozmente contra un gigante al que atravesó con su espada de parte a parte. Por fortuna, el gigante no era otra cosa que un odre de vino.

Unos días después, detuvo el curso de una procesión, pensando de que era sólo una estrategia para disimular el rapto de una joven noble. La aventura no tuvo buen final, ya que los fieles supieron replicar contundentemente y apalearon sin piedad al desdichado caballero andante.

Maltrecho y muy abatido, llegó a su casa sobre una carreta de bueyes, teniendo que padecer constantemente el tremendo traqueteo del vehículo. Su ama y su sobrina, prevenidas a tiempo, lo acogieron angustiadas y lo metieron en cama, haciéndole reflexionar sobre los tormentos que pueden ocasionar las novelas leídas con demasiado entusiasmo.

Por su parte, el cura y el barbero esperaban que las dolorosas y amargas experiencias sufridas por su amigo le quitasen de la mente aquellas fantasías e ilusiones, trocándolas por la realidad del cuidado debido a su persona, a sus deudores y servidores y no menos a su ya menguado patrimonio.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



Pero la existencia de nuestro héroe, fiel a su destino, todavía no había concluido. Y Don Quijote supo un día, por un estudiante llamado Sansón Carrasco, que sus aventuras habían sido editadas en un libro. Tal información despertó en él de nuevo la sed de aventuras, imbuyéndole otra vez a Sancho la ambición de convertirse en gobernador.

Y he aquí a los dos en ruta, una vez más,

acompañados durante parte de su viaje por el bachiller Carrasco.

El primer deber de Don Quijote antes de seguir adelante, era dirigirse al Toboso para ofrecerle a su adorada dama Dulcinea los homenajes que le eran debidos. Sancho, en avanzada, fue a prevenirla de la llegada de su caballero. Pero el avisado escudero no estaba muy ilusionado con su comisión, puesto que estaba convencido de que dicha dama sólo existía en la inflamada imaginación de su aventurero amo. Así pues, al ver a tres aldeanas montadas en unos pollinos, decidió trocar los papeles y poniendo en ejecución su idea, reemprendió el camino de regreso para anunciarle a su dueño y señor que la tal y hermosa dama Dulcinea, acompañada de dos damas de honor, venía impaciente y henchida de alegría a su encuentro.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, amigo Sancho? —exclamó Don Quijote—. Mira, no me engañes ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced —respondió Sancho—, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, venga y verá venir a la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son un ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

—Hacaneas querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay —respondió San-



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



cho— de cananeas a hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieran, ellas vienen las más galanas señoras que se pueden desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho, hijo —respondió Don Quijote—, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

Sancho respondió de esta manera:

—A las crías me atengo, porque lo de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

Y así platicando, los dos ya impenitentes seres errantes en que se habían convertido dueño y escudero llegaron al lindero del bosque.

La vasta llanura les permitió distinguir a las tres aldeanas, muy próximas. Don Quijote, al dirigir su vista hacia allí, en esta ocasión no vio más que a las tres campesinas bien asentadas en sus asnos. Ello le turbó y le preguntó a Sancho si era verdad que había hallado a las tres damas a la entrada del pueblo, como le había indicado momentos antes.

—¿Cómo fuera de la ciudad? —respondió aquél—. ¿Por ventura tiene vuestra merced los ojos en el colodrillo que no ve que son estas que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol a mediodía?

—Yo no veo, Sancho —dijo Don Quijote—, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

—Ahora me libre Dios del diablo! —respondió Sancho—. ¿Y es posible que tres ha-

caneas, o como se llamen, blancas como el ampo de la nieve, le aparezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo, que es tan verdad que son borricos o borricas, como yo soy Don Quijote y tú Sancho Panza; a los menos, a mí tales me parecen.

—Calle, señor, no diga tal palabra, sino despabilé esos ojos, y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Y diciendo esto se adelantó a recibir a las tres aldeanas; apeándose del rucio tuvo del cabestro del jumento de una de las tres labradoras e hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

—Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulso de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quijote de la Mancha, por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

Durante este discurso, Don Quijote se había arrodillado al lado de Sancho, y elevado su mirada hacia la aldeana a la que su escudero llamaba Dulcinea. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía ver ante sí más que a tres rústicas aldeanas, bastante zafias, de las cuales la de en medio dejaba ver una nariz aplastada. Conturbado por esta apabullante visión, el pobre Don Quijote no podía pronunciar palabra.

Las tres labradoras, igualmente sorprendidas por la inesperada presencia de dos hombres vestidos de tal guisa, estaban mudas y contemplaban, estupefactas, a los dos



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



individuos arrodillados ante ellas. Aquella a quien Sancho se había dirigido, fue la primera en rehacerse y recobrar el ánimo, y exclamó, sin gran cólera en la voz:

—Apártense, noramala del camino y déjennos pasar, que vamos de priesa.

Aquel encuentro con la pretendida Dulcinea le causó a Don Quijote una profunda desilusión. Naturalmente, interpretó el suceso, atribuyéndole a un mago encantador malintencionado y malvado la transformación de su dama, tan hermosa, en una alteana tan repulsiva. Luego, regresó al bosque, con gran pesadumbre.

Mientras cabalgaba por el bosque, tropiezóse con un caballero que ostentaba el nombre de Caballero de los Espejos. Este le provocó, retándole a singular combate. Comenzó el duelo, intercambiándose furibundos lanzazos; más de pronto el corcel del Caballero de los Espejos se negó a moverse. Aprovechándose de este fallo, Don Quijote salió vencedor del combate. Esta vez, ante la gran alegría de Don Quijote, el vencido se declaró dispuesto a dirigirse al Toso para relatarle a la muy alta señora Dulcinea los actos gloriosos llevados a cabo por su Don Quijote de la Mancha.

El Caballero de los Espejos, en realidad, no era otro que el bachiller Sansón Carrasco, enviado por el cura y el barbero, a fin de conseguir que el Caballero de la Triste Figura retornase a sus lares. Según las intenciones de los buenos amigos de Don Quijote, el bachiller debía ganar el combate, obligando a su adversario a abandonar su vida errante por un período de dos años. Pero la suerte hizo fracasar el proyecto.

Don Quijote, muy orgulloso con su victoria, decidió abandonar el bosque, más intrépido que nunca, y volvió a partir a la

ventura. Unos días más tarde se encontró con un carro que se dirigía a palacio, y que contenía en sus jaulas dos magníficos leones. Don Quijote decidió soltar a las dos fieras, a fin de poder luchar contra ellas. El encargado no quiso plegarse a tal exigencia, pero después de larga discusión consintió en abrir una de las jaulas. Sin embargo el león, despreciando al intruso, continuó echado entre rejas sin mirarle siquiera. Ante esta actitud, el hidalgo se declaró vencedor y decidió ostentar a partir de aquel momento el nombre de «el Caballero de los Leones».

Transcurrió algún tiempo y los dos compañeros, siguiendo su ruta, llegaron a orillas del Ebro. Al percibir una barcaza cerca del ribazo, el inflamado cerebro de Don Quijote entró otra vez en acción. Asimiló la barcaza a las barquillas misteriosas de las que había leído en sus novelas épicas, y en su espíritu no hubo ya duda de que dicha embarcación había sido enviada allí por unos caballeros en desgracia, a fin de alertar a un posible salvador y pedirle auxilio. Sin vacilar, los valerosos compañeros abandonaron sus cabalgaduras y saltaron a bordo.

Diseminados por la corriente del río, unos molinos flotantes realizaban su diaria labor.

Al observarlos, Don Quijote le comunicó a Sancho:

—¿Ves? Allí, oh amigo, se descubre la fortaleza, ciudad o castillo donde debe de estar algún caballero oprimido o alguna reina o infanta o princesa malparada, para cuyo socorro soy yo aquí traído.

—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza o castillo dice vuesa merced, señor? —preguntó Sancho—. ¿No echa de ver que aquéllas



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo?

—Calla, Sancho —replicó Don Quijote—, que aunque parecen aceñas, no lo son, y te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural por influencia de los encantos; no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.

La embarcación que transportaba a nuestros dos héroes, se hallaba ya a mitad del río, y la corriente la dirigía velozmente hacia las ruedas del molino. Los molineros, al observar el peligro en que aquélla se hallaba, asieron sus garfios para impedir el accidente, y salieron apresuradamente, con el rostro enharinado, lanzando invectivas a nuestros protagonistas.

—Demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿Venís desesperados? ¡Qué! ¿Queréis ahogaros y haceros pedazos en estas condenadas ruedas?

Don Quijote se alzó en toda su estatura para replicar con injurias a su vez.

—¡Canalla malvada y peor aconsejada! Dejad en su libertad y libre albedrío a la persona que en esa vuestra fortaleza o prisión tenéis oprimida, alta o baja, de cualquiera suerte o calidad que sea, que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado el Caballero de los Leones por otro nombre, a quien está reservado, por orden de los altos cielos, el dar fin feliz a esta aventura.

Como los molineros no entendieron las razones de Don Quijote, continuaron teniendo a raya a la barcaza con sus garfios, mientras Don Quijote lanzaba mandobles con su espada a diestro y siniestro.

Sancho Panza, de rodillas, suplicaba al

cielo que le evitase la muerte dentro del agua arremolinada del río.

A pesar de su fuerza contra la potencia de la corriente, los molineros no pudieron impedir que la embarcación volcase y caballero y escudero se vieron precipitados al río. Don Quijote, que nadaba casi como un pato bien emplumado, se debatía desesperadamente ya que su armadura le impedía mantenerse en la superficie y allí habrían terminado sus aventuras y su vida, en las crueles aguas del Ebro, de no haber acudido en su socorro los buenos molineros.

Pero entonces, los pescadores que eran dueños de la embarcación llegaron a rescatarla y al verla tan destrozada por las ruedas del molino, empezaron a gritar, reclamando daños y perjuicios.

Como Don Quijote seguía aferrado a su primitiva idea, declaró que estaba dispuesto a pagar si las personas encarceladas recobraban inmediatamente su libertad.

—¿Qué personas o qué castillo dice —respondió uno de los molineros—, hombre sin juicio? ¿Te quieres llevar por ventura las que vienen a moler trigo a estas aceñas?

—Basta —dijo entre sí Don Quijote—, Aquí será predicar en desierto querer reducir a esta canalla a que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta. El uno me deparó el barco y el otro dio conmigo al través. Dios lo remedió, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo más.

Entonces, alzó el rostro y discutió con los pescadores la suma adecuada. Sancho Panza, pagando a regañadientes, renegó de la mala suerte, ya que halló muy caro el precio.





DON QUIJOTE DE LA MANCHA



«A dos barcadas como ésta —pensó—, daremos con todo el caudal al fondo.» Los pescadores y los molineros que no habían entendido nada de lo sucedido, no sabían qué hacer con aquellos dos forasteros de tan rara indumentaria, por lo que decidieron no ocuparse más de ellos. Don Quijote y Sancho retornaron adonde habían dejado a «Rocinante» y al rucio. Tristes, más desilusionados aún que en las anteriores aventuras, subieron a sus monturas y abandonaron las orillas del Ebro para continuar hacia tierra adentro.

Al día siguiente hallaron, al penetrar en un bosquecillo, un cortejo de cazadores. Entre ellos, Don Quijote no tardó en percibir a una alta dama, por lo que le suplicó a su escudero que fuese por él a ofrecerle sus respetos. Y tan nervioso se puso al avanzar hacia ella, que desdichadamente hizo un mal movimiento sobre el caballo y se vio proyectado al suelo, yendo a parar a los pies de la ilustre señora. A pesar de esta desventura, el caballero fue acogido de acuerdo con su rango. La duquesa y su marido, en efecto, habían leído en los libros los episodios del caballero andante y de acuerdo con las ilusiones que animan a Don Quijote y a Sancho, la duquesa se informó sobre la salud de Dulcinea. Por su parte, el duque nombró a Sancho Panza, gobernador de una de sus ínsulas, la ínsula Barataria.

El duque y la duquesa se propusieron divertirse, probando hasta qué extremo podía llegar la locura de nuestro héroe. De tal forma, les introdujeron en un mundo inventado y fantástico, en el que todo era posible, merced a las tretas y ardides urdidos por el matrimonio ducal y sus amigos. Así, les presentaron a varias damas, las que lucían máscaras. Estas relataron a Don Quijote

una trágica historia, que giraba alrededor de un funesto personaje llamado Malambruno, el cual llegaba sobre un caballo de madera que volaba. Malambruno había encantado a aquellas damas y a sus amigos, prometiendo desencantarlos cuando «el valeroso Manchego» —o sea, Don Quijote—, entrase con él en singular batalla.

Don Quijote y Sancho oyeron con interés y dolor la triste —y falsa— historia de la Dolorida y las otras damas, las que, finalmente, descubrieron sus rostros, quitándose los antifaces. Entonces nuestros amigos vieron, con horrenda sorpresa, que aquellos rostros estaban poblados de barbas, rubias, negras, blancas y de todas formas y colores.

Nuestro héroe, compadecido y triste por la suerte de aquellas damas, prometió cualquier sacrificio con tal de desencantarlas; entonces la Dolorida les contó que Malambruno, al encantarlas, les había prometido que el día que encontrasen al caballero destinado a liberarlas, les enviaría a su caballo volador para que éste, con su escudero, atravesase por aire las tres mil doscientas veintisiete leguas que, por aire, había que recorrer hasta el reino de Candaya, que así se llamaba el lugar donde se habían desarrollado los hechos que habían culminado en aquella situación.

Aquella cabalgadura misteriosa era de madera, y estaba regida por una clavija que tenía en la frente, y que le servía de freno. No comía, ni dormía ni gastaba herraduras, así como carecía de alas. Su andar era tan sereno y reposado por los aires, que el que llevaba encima podía portar una taza llena de agua sin derramar una gota. Su nombre era «Clavileño el Alígero», o sea, un leño con clavija que camina con ligereza.

A Sancho no le hizo ninguna gracia la



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



perspectiva de montar sobre semejante cabalgadura; pero Don Quijote proclamó entusiasmado que con «Clavileño» o sin él, se vería con Malambruno y desencantaría a aquellas doncellas.

Estaban en eso, cuando entraron por el jardín cuatro salvajes vestidos de verde, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera. Pusieronle en el suelo, y dijeron:

—Suba sobre esta máquina el caballero que tuviese ánimo para ello.

—Yo no subo, porque ni tengo ánimo, ni soy caballero —dijo Sancho.

—Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno —prosiguió diciendo el salvaje— que él os llevará por los aires; pero para que las maravillas del camino no os trastornen, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin a su viaje.

Mucho trabajo costó a Don Quijote convencer a Sancho de que debía acompañarlo en aquella aventura; pero por fin los ruegos de las damas y las órdenes y consejos del amo persuadieron al escudero, que encendiéndose a Dios y a la Santísima Trinidad de Gaeta, accedió. Por fin, ambos subieron a «Clavileño», y Don Quijote dijo:

—Tapaos, Sancho, y subid; que aunque todo salga mal, la gloria de haber comenzado esta hazaña no la podrá oscurecer malicia alguna.

—Suba primero vuestra merced —respondió Sancho— y tápele los ojos; que si yo tengo que ir a las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

—Así es la verdad —replicó Don Quijote. Así, ambos se vendaron los ojos y subieron al caballo. Sancho se quejó de que las

ancas de «Clavileño» eran sumamente duras, y pidió un cojín; una de las damas respondió entonces que el caballo no sufría ningún género de adorno o jaez sobre sí, y que la única solución que el pobre Sancho podría encontrar para sus posaderas, era montar de costado, como las mujeres. Así lo hizo éste, y cuando amo y escudero estuvieron bien cogidos de su cabalgadura, todos los presentes prorrumpieron en voces:

—¡Dios te guíe, valeroso caballero!

—¡Dios sea contigo, escudero intrépido!

—¡Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos como una saeta!

—¡Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas!

—Señor —dijo Sancho, apretándose a su amo—, ¿cómo dicen éstos que vamos tan alto, si alcanzan acá sus voces y no parece sino que están aquí, junto a nosotros?

—No repares en eso, Sancho; que como estas cosas van fuera de los cursos ordinarios, podrás ver u oír lo que quisieras. Y no me aprietas tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te espantas, ya que puedo jurar que jamás en mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo; que el viento llevamos en popa.

—Así es la verdad —respondió Sancho—; que por este lado me da un viento tan recio que parece que con mil fuelles me están soplando.

Y así era ello, ya que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Sintiéndose soplar, Don Quijote dijo:

—Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos llegar a la segunda región del aire, donde se engendran el granizo y la nieve; los truenos, los relámpagos y los rayos se ori-



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



ginan en la tercera; y si es que de esta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego, y no sé como templar esta clavija para que no nos abrasemos.

En esto, con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse desde lejos pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho sintió el calor, y dijo que tenía tentación de descubrirse, para ver dónde se hallaban. Pero Don Quijote se lo prohibió terminantemente, recordándole las desgracias que caerían sobre ambos si lo hacía. Todo esto era oído por el duque, la duquesa y los del jardín, que recibían extraordinario contento; y queriendo dar remate a la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de «Clavileño» le pegaron fuego con unas estopas y al punto, por estar el caballo lleno de cohete tronadores, voló por los aires con gran ruido, y dio con Don Quijote y Sancho por el suelo, medio chamuscados.

Todos los del jardín se echaron al suelo entonces, fingiéndose desmayados; Don Quijote y su escudero, ya descubiertos, se hallaron con asombro en el mismo lugar del cual habían, según pensaban, partido: y este asombro creció cuando vieron una lanza hincada a un costado del jardín, de la cual pendía un pergamo en el cual con grandes letras de oro decía lo siguiente:

«El ínclito caballero Don Quijote de la Mancha ha terminado la aventura de la Dueña Dolorida, con sólo intentarlo. Malambruno se da por satisfecho, y las barbas de las dueñas quedan ya lisas, así como los otros encantamientos deshechos.»

Todos fingieron entonces volver en sí, y dieron fin a esta curiosa aventura.

Sancho fue nombrado gobernador de una

aldea que forma parte de las propiedades del duque. El pobe escudero, al verse ascendido a la dignidad tan anhelada, se conturba y reconoce que no sirve para promulgar edictos ni hacer justicia, ni tampoco para reconciliar a dos en disputa.

Don Quijote, sin embargo, anima a su escudero a asumir la pesada responsabilidad gubernativa, y a tal efecto, le proporciona sabios consejos, llenos de prudencia, sabiduría y bondad; lo que pone de manifiesto que la locura del Caballero de la Triste Figura era de un carácter muy especial, y no afectaba sus principales cualidades humanas.

Y así, tenemos por fin a Sancho Panza, el humilde aldeano, convertido en gobernador de la inexistente isla de Barataria. Por supuesto, todo se trataba de una broma del duque y sus hombres, que pensaban reír hasta hartarse con las mil dificultades que habían preparado para presentar ante el ficticio gobernador. Suponían que Sancho, ignorante y simple, haría el ridículo al enfrentarse a complejos incidentes, de los que diariamente acaecen y son propuestos a resolución de las autoridades. Pronto comprenderían lo equivocados que estaban; Sancho era, sin duda, un hombre sin ilustración ni experiencia en estos menesteres; pero supliría con creces estas faltas con su sencillo sentido común y el espíritu de justicia propio de nuestras gentes humildes; en la solución de los casos que le fueron presentados —todos preparados de antemano—, el buen Sancho demostraría poseer en alto grado estas cualidades, así como una natural agudeza de ingenio que provocó la admiración de quienes, en un principio, pensaron burlarse de él.

Llegó Sancho a la aldea que figuraba co-



mo capital de la ínsula, y el pueblo salió a recibirle, con toques de campanas; le llevaron a la Iglesia y le entregaron las llaves del pueblo. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que no conocía el secreto del asunto, y aun a todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, en sacándolo de la Iglesia, le llevaron a la silla del juzgado y le sentaron en ella.

Sancho vio que en la pared frontera de su silla había un cartel con muchas letras; como no sabía leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. El mayordomo del duque, que hacía de maestro de ceremonias, respondió:

—Señor, allí está anotado el día en que vuestra señoría tomó posesión de esta ínsula: dice: «Hoy día, a tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta ínsula el señor Don Sancho Panza, que muchos años la goce.»

—Y ¿a quién llaman Don Sancho Panza? —preguntó Sancho.

—A usted —respondió el mayordomo—; que en esta ínsula no hay otro Panza.

—Pues advertid, hermano —dijo Sancho—, que yo no tengo *don*, ni en todo mi linaje lo ha habido: Sancho Panza me llaman a secas, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de *dones* ni *donas*. Así quiero que me llamen a mí.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



Todos quedaron asombrados de la prudencia y sencilla modestia del nuevo gobernador; y pasaron luego a probar su ingenio, presentándole a su resolución algunos casos intrincados.

Se presentaron dos hombres ancianos; el uno traía una caña por báculo. El sin báculo, dijo:

—Señor, a este buen hombre le presté hace unos días diez escudos, con la condición de que me los devolviese cuando se los pidiese; pero luego se los he reclamado en una y muchas oportunidades, y no solamente no me los devuelve, sino que niega que se los haya prestado. Como no hay testigos, querría que vuestra merced le tomase juramento, y si jurase que me los ha vuelto, yo se los perdono.

—¿Qué decís vos a esto, buen viejo del báculo? —dijo Sancho.

—Yo, señor, confieso que me los prestó; y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré que se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Entonces, el viejo del báculo dio el báculo al otro viejo, pidiéndole que se lo tuviese mientras juraba; y luego, juró que era verdad que le había prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano a la suya. El gobernador, entonces, preguntó al acreedor qué respondía a aquello; y éste dijo que su deudor debía decir la verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano; que a él debía de habersele olvidado el cómo y cuándo se los había devuelto, y que de allí en adelante, no le reclamaría nada. Se fueron ambos viejos, luego que el del báculo hubo recuperado el suyo de manos de su oponente, y Sancho quedó como pensativo, con el índice de la mano derecha

sobre las cejas y las narices. Luego, alzó la cabeza y mandó que trajesen a los dos viejos otra vez a su presencia, lo que se realizó. Al verles, Sancho dijo:

—Dadme, buen hombre, ese báculo; que le he menester.

—De muy buena gana —respondió el viejo—: hele aquí, señor.

Y se lo puso en la mano. Sancho se lo dio al otro viejo, diciéndole:

—Andad con Dios, que ya vais pagado.

—¿Yo, señor? —respondió el viejo—. Pues ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

—Sí —dijo el gobernador—; o si no, yo soy el mayor tonto del mundo. Y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino.

Y mandó que allí, delante de todos, se rompiese y abriese la caña. Así se hizo, y en el corazón de ella hallaron diez escudos en oro; quedaron todos admirados, y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón. Le preguntaron que cómo había descubierto que en aquella caña estaban los diez escudos, y respondió que al haber visto al viejo del báculo darle al otro este objeto mientras juraba que se los había devuelto, y que una vez que hubo hecho el juramento se lo volvía a pedir, se imaginó que dentro de él estaba la paga.

Así, en varias oportunidades dio Sancho admirables pruebas de su agudeza y sentido común, burlando, sin saberlo, a los que querían burlarse de él. A pesar de estos éxitos, las dignidades y responsabilidades del gobierno abrumaban al buen escudero, que anhelaba volver con su amo a los caminos.

Al cabo de ocho días, vividos en calidad del gobernador, Sancho Panza sólo deseaba





DON QUIJOTE DE LA MANCHA



abandonar el cargo. Además, se vio en el triste trance de tener que hacer frente a un ataque enemigo (en realidad, una broma del duque y la duquesa), y ante su incompetencia, el pobre gobernador solicitó gracia, prefiriendo seguir siendo un modesto aldeano, dispuesto sólo a cuidar sus viñas, o seguir siendo el devoto escudero de Don Quijote, recorriendo siempre el mundo en busca de aventuras.

Y en este estado de ánimo, amo y escudero se despidieron de los duques, donde habían recibido, pese a algunas bromas y aventuras de poca monta, el trato que correspondía a tan insignes personas.

Tras otras empresas azarosas, llegaron ambos a la ciudad de Barcelona, «archivo de la cortesía», donde, avisados de su llegada, fueron también recibidos con todos los honores. Muy halagado, Don Quijote aceptó con orgullo aquellas alabanzas, aunque no vislumbra que su vida errante está llegando a su término. En efecto, no puede estar enterado de que Sansón Carrasco, el bachiller, va en su busca bajo otro disfraz. Su misión es siempre la misma: primero, vencerle en singular combate y acto seguido obligarle a recluirse en su morada.

Así pues, una mañana soleada, Don Quijote, acompañado de sus amigos, todos magníficamente ataviados con sus armaduras, cabalgaba sobre «Rocinante» por una playa cercana a Barcelona, cuando de pronto apareció en lontananza un caballero. Iba armado de pies a cabeza y su escudo presentaba un resplandor poco común. Cuando se halló bastante cerca, Don Quijote distinguió una brillante luna en dicho escudo.

El desconocido caballero detuvo su montura diciendo:

—Insigne y jamás como se debe alabado

caballero Don Quijote de la Mancha; yo soy el caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá hayan llegado a tu conocimiento; vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú confiesas de llano en llano, excusará tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dárte; y si tú peleas y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por término de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma, y si tú me vencieres quedará a tu discreción mi cabeza y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará a la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor y respondeme luego porque hoy todo el día trago de término para despachar este negocio.

Don Quijote quedó suspenso y atónito, tanto de la arrogancia del de la Blanca Luna como de la causa porque le desafiaba y con reposo y ademán severo le respondió:

—Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado a mi noticia, yo os haré jurar que jamás habéis visto a la ilustre Dulcinea, que si visto la hubierades, yo sé que procuráredes no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda; y así, no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido acepto vuestro desafío; e inmediatamente, porque

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



no se pase el día que traéis determinado; de las condiciones sólo rechazo la de que pase a mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean; con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéradess, que yo haré lo mismo, y a quien Dios se la diere San Pedro se la bendiga.

Según su costumbre, en las aventuras anteriores, Don Quijote se puso bajo la protección de Dios, y, al mismo tiempo, bajo la de su dama Dulcinea del Toboso.

Acto seguido, los dos adversarios se apartaron a cierta distancia para tomar impulso. Y sin que la trompeta sonara, ni instrumento alguno diese la señal, los dos caballeros, picando espuelas intrépidamente, se precipitaron uno contra otro.

Pese a su lanza, mantenida intencionadamente más alta de lo preciso para un buen cuerpo a cuerpo, el caballero de la Blanca Luna chocó contra su enemigo con violencia, y bajo la potencia del golpe, Don Quijote y su jalego «Rocinante» cayeron al



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



suelo en revuelto montón; ambos quedaron exánimes, sin poder reaccionar. Con gran nobleza, el caballero de la Blanca Luna, devujo a su montura y después colocó la punta de su espada sobre la visera del caído.

—Vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido 'y aturdido, sin al-

zarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaquéza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, puesto que me has quitado la honra.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA



—Eso no haré yo por cierto —replicó el de la Blanca Luna—. Viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que sólo me contento con que el gran señor Don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuera mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Algo más tranquilizado Don Quijote, respondió que era un verdadero y noble caballero, y que cumpliría con la condición exigida, puesto que ya no se le pedía que fuese infiel a la dama de sus pensamientos.

Tras haber prometido firmemente retirarse a su lugar, el caballero de la Blanca Luna hizo dar media vuelta a su caballo y emprendió el galope en dirección a la ciudad.

Sus amigos ayudaron a Don Quijote a incorporarse. Y tras haberle levantado la visera del casco, se asustaron al comprobar la palidez de su semblante, cubierto de abundante sudor. Sancho Panza, como des-

pertando de un mal sueño, estaba inmóvil, incapaz de hablar u obrar. La derrota de su amo le obligaba a perder toda esperanza de nuevos actos de heroísmo y, por tanto, todas las promesas de riquezas y gloria se desvanecían como la nieve se funde bajo los efectos del cálido sol.

Condujeron a Don Quijote a Barcelona, en una silla de manos. Durante seis días guardó cama, abismado en tristes pensamientos. Bien, renunciaría a sus proezas de la alta caballería andante durante un año; pero pasado este plazo, reemprendería su errabunda existencia, tan pródiga en lances.

Acompañado de Sancho Panza, su fiel servidor y amigo, desanduvo lo andando para retornar a su aldea. Pero durante el trayecto, todavía les ocurrieron algunas nuevas peripecias.

Un día marchaban tranquilos cuando de pronto su atención se vio atraída por un ruido inusitado, como un trueno que fuera





DON QUIJOTE DE LA MANCHA



acercándose. Sancho Panza, amedrentado, buscó su salvación detrás del asno, pero Don Quijote, más valeroso, tiró valiente de su espada y esperó el peligro. Pero apenas tuvieron tiempo de detenerse cuando se vieron casi aplastados por una manada de seiscientos marranos muy sucios, gruñidores, que empujados por unos porqueros eran transportados a un matadero.

Levantándose el primero, Sancho asió su espada y quiso precipitarse sobre los intrusos, pero Don Quijote lo detuvo prestamente.

—Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que a un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas y le hollen puercos.

Al aproximarse a su aldea, Don Quijote tenía la firme intención de cumplir la condición impuesta por el caballero de la Blanca Luna; pero le asaltó la idea de que tal vez Dulcinea todavía no se hallase desencantada.

Caballero y escudero fueron acogidos con alborozo en la hacienda. Una vez más, el ama y la sobrina obligaron a acostarse a Don Quijote, prodigándole sus atenciones.

El destino del hombre siguió su curso, como trazado por la invisible mano del Señor del Universo. Don Quijote iba acercándose paulatinamente al término de su vida, que debía llegar cuando menos lo esperaba.

Torturado sin duda por la derrota de que había sido víctima, o por causa de ideas enviadas desde el cielo, Don Quijote sufrió un día el ataque de una fiebre malsana que le dejó exangüe durante una larga semana. Todos sus amigos, el cura, el barbero, y el bachiller Sansón Carrasco, le visitaban con regularidad. Sancho Panza, apesadumbrado,

apenas abandonó la cabecera de la cama. Todos intentaban con sus palabras elevar la moral del enfermo, sin conseguir que éste se despojase de las tristes ideas que poblaban su cerebro. Por fin, decidieron avisar al médico.

Tras haberle tomado el pulso, el doctor le aconsejó a Don Quijote que pensara seriamente en la salud de su alma, porque el cuerpo y la materia se hallaban ya en grave peligro.

Aceptando esta mala nueva, pronunciada sin rebozo, Don Quijote, sereno y tranquilo, pidió a sus amigos que le dejaran solo, a fin de permitirle poder dormir dulcemente. Ya todos retirados, el hidalgo se durmió profundamente, bajo la inquieta mirada de la sobrina y el ama, las que al cabo de seis horas temieron no iría a despertar jamás. Pero por fin el caballero abrió los ojos y con una gran voz exclamó:

—¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío y parecióle más concertadas de lo que él solía decirlas, a menos en aquella enfermedad, y preguntóle:

—¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éas o qué pecados de los hombres?

—Las misericordias, sobrina —respondió Don Quijote—, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua lectura de los detestables libros de caballería. Ya co-





DON QUIJOTE DE LA MANCHA



nozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma.

Vuelto, pues, Don Quijote a la razón, le pidió a su sobrina que fuese en busca de sus amigos. Pero no tuvo que cumplir su encargo, ya que aquéllos, enterados de que el hidalgo estaba despierto, corrían ya a su casa. Al divisarles, el rostro del enfermo se iluminó y dijo:

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Dón Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necesidad y el peligro en que me puso haberlas leído; ya por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto oyeron los otros, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale, vuesa merced con eso?

Don Quijote esbozó una sonrisa antes de responder:

—Los cuentos de hasta aquí, que han sido verdaderamente en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa; déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento.

Todo se hizo de acuerdo con los deseos

de Don Quijote. Tras haber recibido al cura y haberse confesado, dio a conocer sus últimas voluntades a un notario.

Luego, volviéndose a Sancho Panza, su fiel compañero de aventuras, le pidió perdón por haberle arrastrado a tan difícil existencia, y haberle inducido a error prometiéndole el gobierno de una isla. Sancho, sollozando le decía:

—¡Ah, no se muera vuestra merced; montemos a caballo, y salgamos por el mundo a corregir injusticias y a ganar batallas!

Pero Don Quijote ya no existía; en su lugar, Alonso Quijano se preparaba para el fin.

Legó sus bienes a su sobrina con la sola condición de no contraer matrimonio con un hombre que alimentase su cerebro con novelas y libros de caballería, y terminó su testamento con una nota destinada a sus amigos, al cura y al bachiller. Prescribía en ella que si por casualidad hallaban al escritor que había editado el libro aparecido bajo el título de *Don Quijote de la Mancha. Segunda parte*, le pidieran perdón, en su nombre, ya que él, Don Quijote, había sido el origen de todas las simplezas cometidas.

Poco después, el caballero Don Quijote perdió el conocimiento y exhaló su último suspiro tres días más tarde.

Tal fue el final de la vida del caballero de la Mancha. Su nombre llegó a ser tan célebre, que todos los pueblos y aldeas de la Mancha quieren tener el honor de haber sido su cuna; todos aquellos pueblos proclaman en la actualidad que allí vivió Don Quijote de la Mancha, desfacedor de entuertos.

LAS OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA JUVENIL UNIVERSAL



BRUGUERA • GRANDES AVENTURAS ILUSTRADAS



8 410018 016214

13-AF-V-489